rarse y hubo allí grandísima confusión de sombreros, abrigos, paraguas y bastones.

Temiendo una interpelación de Vaqueril, gané en tanto la puerta, sin poder explicarme si sentía yo el corazón ensanchado por la alegría ú oprimido por el recuerdo de aquel breve momento de placer.

VII

Lecciones orales.

A contar de aquella noche, no hubo semana en que yo no viera alguna vez á Remedios, ya en la serenata, ya al salir de misa, ya en fin en la calle de las Peras. Ignoro cómo se las compuso Vaqueril para excusarse con Cabezudo por no cumplir la palabra empeñada; pero mientras tanto, Miguel me dió á entender que su influencia había prevalecido en el ánimo del Gobernador,

y que no sería yo despedido de mi empleo. Fingí creerlo y le dí las gracias.

Mi situación, sin embargo, estaba llena de dificultades, que á cada momento me ponían en verdaderos apuros. Procuraba yo á toda costa no estar solo con Vaqueril, temiendo no me hablara de la Cabezudita y tratara de avanzar más en sus confidencias conmigo; y para conseguirlo me servía á maravilla la afición que me tomó Miguel, quien no se hartaba de hablarme de Remedios y de contarme cuanto pensaba y soñaba, cuanto intentaba y hacía.

Recuerdo que en los primeros días de Agosto, como Miguel tardara un poco en llegar á la oficina, adelantándosele Don Sixto Liborio, hubo de encontrarme solo; y después de entregarme algunas, cartas dándome explicaciones ú órdenes sobre ellas, que no acostumbraba comunicarme nunca, tomó como pretexto á Don Mateo para llegar á esta pregunta:

—Hombre, ¿y su sobrina? hace tiempo que no la veo.

—Tampoco yo; contesté.

—Vaya con vd. hombre, ¡siendo su paisano!

Sixto Liborio le miraba con expresión de lástima y plegando maliciosamente los labios.

—Mire vd. Miguelito, le dijo; haga vd. lo que he dispuesto, y modere sus tendencias, si quiere llegar á ser algo. Ya se lo he dicho muchas veces. Ustedes los jóvenes, salen del colegio muy satisfechos de sus teorías y se creen capaces de gobernar el mundo; pero en la práctica se estrella todo eso... se estrella todo eso. Aquí es necesario hacer lo que conviene y nada más; aquí no venga con las leyes, porque no se puede gobernar con las leyes, sino que muchas veces es preciso hacer otra cosa; sí, señor, hacer otra cosa, ¿me entiende? Bueno, pues ahí tiene vd. á Baraja, que siempre ha sido mi enemigo y hombre malo; pues yo no quería darle la Jefatura; pero Don Vicente, el Secretario, me llamó la atención y me aconsejó que le diera la Jefatura, y se la dí; porque Don Vicente es muy práctico en esto. Trajimos á Gavilán al Congreso poco después, y con esas dos medidas muy oportunas, ya ve vd. cómo esto parece una balsa de aceite.

Miguel había apoyado la frente en la

mano, vuelto á su asiento, y oía en silencio la cansada disertación de Vaqueril.

—Vamos, continuó éste ¿y qué sacariamos con quitar á este Recaudador? Nada: que entrarían al erario algunos fondos de poca importancia, y tendriamos un enemigo que vale un distrito entero. Esto será muy legal; pero no es político, y la política es lo primero. ¿Me entiende? la política es lo primero. Por eso dice Don Vicente que ustedes los jóvenes traen aquí sus teorías; pero que las teorías se estrellan en la práctica; que después de que reciben su título, necesitan la segunda enseñanza, que es la del mundo. Usted es todavía muy niño y muy bisoño. Yo no soy hombre de letras; pero tengo mucho mundo y soy práctico..... soy práctico. Déjese de arrebatos de colegio, hombre, y siga mis consejos; porque al fin, yo he visto ya muchas cosas y vd. sólo las ha leído, que es diferente, porque hay cosas que nadie las escribe. Usted es muchacho de porvenir, pero es preciso que aprenda y que escarmiente en cabeza agena. Conque no hay remedio: contéstele de conformidad.

Y pasaron á otra cosa.

Miguel tenía las orejas como dos tomates, y hablaba lo menos que podía, breve y secamente. Hizo alguna nueva observación; pero sin insistir, y con mal modo; y Vaqueril, después de algunas palabras que no oí bién, añadió como razón suprema:

—Es empeño de Eulalia.

El joven levantó la cabeza y miró al Gobernador, como si no pudiendo refrenar la lengua fuese á decir algo; pero Vaqueril le salió al encuentro con su acostumbrado punto final.

—No hay remedio.

Cuando el acuerdo concluyó, Don Sixto creyó conveniente añadir algunas explicaciones al exaltado joven.

—No está vd. bien enterado de la política, le dijo; y por eso no comprende mis actos. Ya yo sé que es mejor el orden, la moralidad, la ley, que dar pasos como estos; pero es preciso atender á las circunstancias, y obrar según lo quieran los tiempos.

Bajó un poco la voz y continúo:

—Voy á hacerle á vd. confianza que debo

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

hacerle; porque es vd. buen amigo mío y está identificado con los intereses de la *administración*. Por supuesto que son de la mayor reserva.

Miguel abrió los ojos cuanto pudo y miró fijamente á Vaqueril.

—La cosa anda mal por *allá arriba*, prosiguió éste misteriosamente.

—¡Que anda mal!

—Bastante mal. Desde hace un mes estoy recibiendo cartas como estas que me llegaron por el último correo. No he dado á vd. conocimiento del asunto, porque sus escrúpulos no se prestan para estas cosas esencialmente políticas. Pero me empeño en que sea vd. hombre ya; quiero formarle, y es preciso que vaya vd. conociendo el mundo..... conociendo el mundo.

Mientras esto decía, registraba un revuelto montón de papeles sacados de la bolsa; de entre los cuales separó al fin dos ó tres que Miguel leyó para sí, murmurando de vez en cuando:

—¡Qué atrocidad...! ¡Parece increible!

—Ya ve vd., pues, que el asunto es grave.

Necesitamos, por lo mismo, tener esto arreglado; quitar estorbos, cualesquiera que sean; contentar á los enemigos y tenerlos interesados en la suerte del Gobierno.

—Es verdad, murmuró Miguel como penitente humillado. Pero supongo que vd. habrá rechazado y combatirá estas ideas.

—¿Está vd. loco, hombre? exclamó Vaqueril casi enojado ¿Le parece á vd. prudente meterse uno á quijotear á estas horas? Cinco Estados de acuerdo, ¡y qué Estados! Luego, todo lo que surge después; por eso Don Vicente me ha dicho que hay que manifestarles simpatías, pero sin adquirir compromiso; y esto es muy bien pensado; es muy bien pensado. Así lo hemos hecho; y no crea vd. que aquí haya nada de incoveniente por tratarse de *los de arriba*. Hombre, si esto ya es la manifestación de la voluntad de la República. En fin, piense sobre esto y ya hablaremos; porque yo quiero que vd. tome parte en todo lo del Gobierno para levantarle ¿me entiende? para formarle á vd., hombre!

Hablaron algo más, guardóse sus cartas; y un cuarto de hora después, el Gobernador

pasó al despacho oficial, dejándonos solos á Miguel y á mí.

El joven arrojó las cartas sobre la mesa en que yo escribía, y paseándose á lo largo de la oficina, murmuraba entre dientes palabras que yo no podía entender. Detúvose después frente á mí y con voz colérica me dijo:

—Juan, yo no sirvo para esto. Yo no entiendo cómo por intereses de partido ¡qué partido! por intereses personales, pueden sacrificarse la justicia y la conveniencia pública. Entónces, esto no es gobierno, puesto que no tiene por objeto gobernar, sino andar en los enredos que quieren llamar política, para halagar á todo el mundo y no tener descontentos á tres ó cuatro pillos. Si el cargo de juez tiene por objeto hacer justicia, yo no me explico que pueda conferirse con más mira que con la de que haga justicia. Si el catedrático está pagado para enseñar, no consiento en que pueda nombrársele sino con el fin de que enseñe. Pero aquí se nombra un juez para que su familia tenga de qué vivir; un catedrático para que Baraja no se pronuncie; un jefe político, para que vaya á cambiar aires, y un recaudador para que se haga rico. No sirvo, no puedo yo servir para esto.

Retiróse Miguel á su mesa y miéntras él permanecia pensativo y cabizbajo, emprendí mi tarea de contestar las cartas según lo mandaban las notas.

El diputado volvió á acercarse á mi mesa, media hora después, y más que preguntándome, hablando consigo mismo, dijo pausadamente:

—¿Y qué participio querrá Don Sixto que yo tome en ese asunto?

Otra vez recorrió la estancia de extremo á extremo y se sentó después, quedando pensativo. Comprendí que sus cavilaciones tomaban rumbo nuevo.

Entró el Gobernador á las doce, firmó las cartas y me dijo:

—Quiñones: hágame favor de ir á mi casa y decir á mi esposa que me voy á comer con Cabezudo, que ha venido á invitarme.

El corazón me dió un salto y sentí qué toda la sangre acudía á mis pies; pero procuré serenarme y salí acompañado de Miguel que se retiraba á su casa.

El jóven había pensado mucho y por rumbos antes no explorados sin duda, puesto que en el corto espacio que fuimos juntos me dijo:

—Pensando bien, comprende uno las dificultades que encierra en nuestro país la ciencia de gobernar. No podemos condenar por la sola inspiración de la honradez, por las teorías, sin exponernos á ser injustos. Es cosa de volverse loco. Si el Gobierno necesita como base absolutamente indispensable, el mantenimiento de la paz; si la paz solo se logra y sostiene contentando á tres ó cuatro revoltosos.....pues, la verdad que esto es menos malo que andar metidos en una bola eterna.

Le miré la cara, y me pareció que el mal humor desaparecía de su semblante franco y simpático; aunque en aquel momento me lo pareció menos.

Encontré en su mirada un no se qué vulgar.

VIII

La Gobernadora.

PUESTO en presencia de la Gobernadora por oficios de una criada que salió á recibirme, dije á la señora lo que Vaqueril me había encargado; y aunque al hacerlo tratara de manifestar la mayor naturalidad y desembarazada cortesía, no dejó de estorbarme el expedito uso de la lengua, uno como rubor que me asaltó súbitamente al trasmitir aquel recado, el cual por proceder de una invitación del Coronel y por venir á la Gobernadora, era para mí dos veces humillante.